

LOS  
ORÍGENES  
DE LA  
RUEDA  
DEL  
TIEMPO



*Las LEYENDAS y MITOLOGÍAS  
que inspiraron a ROBERT JORDAN*

**MICHAEL LIVINGSTON**

*Prólogo de HARRIET McDOUGAL*

minotauro

LOS  
ORÍGENES  
DE LA  
RUEDA  
DEL  
TIEMPO®



*Las LEYENDAS y MITOLOGÍAS  
que inspiraron a ROBERT JORDAN*

MICHAEL LIVINGSTON

*Prólogo de HARRIET McDOUGAL*

minotauro

*Los orígenes de La Rueda del Tiempo*

Copyright © Michael Livingston, 2022  
Prólogo copyright © Bandersnatch Group, Inc., 2022

Ilustraciones de Matthew C. Nielsen y Ellisa Mitchell

Mapas págs. viii–ix, 189 y 208 de Ellisa Mitchell

Mapa pág. 209 de la batalla de Austerlitz, situación en 1800, 1 de diciembre de 1805.  
The Department of History, United States Military Academy

La frase «La Rueda del Tiempo», y el símbolo de la serpiente y la rueda  
son marcas registradas de Bandersnatch Group, Inc.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez, 2024

ISBN: 978-84-450-1708-1  
Depósito legal: B. 6.705-2024  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

# SUMARIO

<i>Prólogo</i>	xi
<i>Una carta del autor para los lectores</i>	xiii
Introducción	1
1. El que hace girar la Rueda: la vida de Robert Jordan	7
2. El eje y la rueda: Tolkien y Jordan	42
3. El giro de la Rueda: la obra de Jordan	61
4. El mundo real en La Rueda del Tiempo	114
<i>Agradecimientos</i>	213
<i>Notas</i>	216
<i>Índice</i>	230



## EL QUE HACE GIRAR LA RUEDA: LA VIDA DE ROBERT JORDAN

**J**ames Oliver Rigney Jr., el hombre que más adelante será conocido como Robert Jordan, nació el 17 de octubre de 1948 en Charleston, Carolina del Sur. Este fue, tal como menciono más adelante, el Año Chino de la Rata<sup>3</sup>. Jordan fue el segundo de los tres hijos de James Oliver y Eva May Rigney (cuyo apellido de soltera era Grooms), quienes solían acudir a una iglesia baptista del centro de la ciudad. Aun con todo, nació bajo el cuidado de los católicos en una enfermería: «Mi madre siempre decía que las monjas cuidaban mejor que nadie a los demás», comentó<sup>4</sup>.

Su padre había combatido en la segunda guerra mundial, en el Pacífico, donde había ganado una estrella de bronce como mérito al valor y lo habían recomendado para una estrella de plata mientras se encargaba del reconocimiento terrestre tras las líneas japonesas, en lugares cuyos nombres se iban a convertir en un sinónimo del terror: Guadalcanal, Bougainville, Luzón. Su hijo recordaba el trauma de Rigney padre con lujo de detalles: «Muchos años después, a veces se despertaba en plena noche, empapado de sudor, por miedo a que, durmiendo, en sus sueños recordados, pudiera haberle hecho daño a la mujer a la que tanto quería»<sup>5</sup>. La familia era el centro de su mundo. Por más que fuera agente de policía, les costaba llegar a final de mes:

A los policías se los pagaba muy mal por aquel entonces, y mi padre era un hombre honrado. Ni siquiera aceptaba los pavos de Navidad que a los demás no les parecía mal recibir. En su lugar, para cuidar de su familia, también trabajaba como carpintero a tiempo completo y pintaba casas siempre que podía, donde fuera. Más adelante, cuando trabajaba para la autoridad portuaria del estado de Carolina del Sur, aceptaba todas las horas extras que podía, incluso si aquello significaba que a veces volvía a casa y solo tenía tiempo para bañarse y comer antes de volver a salir a trabajar. Cualquier carga que tuviera que soportar la soportaba; si el peso hacía que le temblaran las rodillas, nunca se quejaba, sino que se volvía a incorporar y seguía adelante con el peso encima, tanto tiempo como fuera necesario<sup>6</sup>.

Más adelante, Harriet describiría la situación de su marido durante su infancia como «pobre de verdad<sup>7</sup>», aunque el propio Jordan parecía reacio a decir que había sido así de dura, tal vez porque sabía muy bien que otros se las habían apañado con mucho menos de lo que había tenido él<sup>8</sup>. En su lugar, recordaba su infancia, y en especial a su padre, con un amor y un respeto muy claros:

En cuanto a mi ídolo, tengo que admitir que es mi padre, que en paz descanse. Fue un hombre maravilloso con una vida plena. Intentaré resumirlo un poco. Tuvo su primer coche, un Ford A, a los trece años, porque había cogido la costumbre de hacer autoestop con los contrabandistas de alcohol de las montañas de Tennessee, y, después de sufrir un accidente en el que el conductor salió por patas y de que mi padre le dijera a la policía (que los había estado persiguiendo) que quien conducía era él, su padre decidió que se había acabado el autoestop. Fue un boxeador de peso mediano de cierto renombre en la década de 1930 y fue escalando puestos hasta que dejó el boxeo después de herir a otro hombre en el cuadrilátero. Fue un veterano de la segunda guerra mundial que pasó mucho tiempo tras las líneas enemigas, un hombre tranquilo y amable que me enseñó a reparar motores de automóvil, a cazar y a pescar. Cuando salíamos de caza o de pesca, le gustaba contar historias junto a la fogata, y eso fue lo que me llevó a querer contar historias también. Nunca me dijo nada por haberle robado cartuchos de escopeta para que un conocido contrabandista y cazador furtivo me llevara al bosque con él. Bueno, lo de que era cazador furtivo no lo supe hasta después. Aun

así, Junior sabía más sobre el bosque que ninguna otra persona que haya conocido. Mi padre era un as del póquer, con una memoria fotográfica, que me permitía participar en tres manos cada vez que organizaban la partida semanal en nuestra casa, incluso cuando era tan pequeño que tenía que sentarme encima de tres enciclopedias para poder poner los brazos sobre la mesa. Me dejaba el dinero, asumía las pérdidas y nos dividíamos lo que yo ganara. Porque sí que gané una de aquellas manos, sentado encima de un montón de Encyclopædia Americanas. Nos dijo a mis hermanos y a mí que no nos iba a exigir demasiado, pero que teníamos que ser sinceros y cumplir con nuestras promesas. Teníamos que intentar llegar más lejos en la vida de lo que había llegado él. Y, fuera lo que fuese que decidiéramos hacer en un futuro, ya fuera profesor de universidad o mecánico de coches, teníamos que hacerlo lo mejor que pudiéramos. Sí, era mi ídolo, y lo sigue siendo<sup>9</sup>.

Su madre, según Jordan, era «bellísima. Se parecía a la hermana de Ava Gardner, a la más guapa. Era ama de casa. El único trabajo que llegó a tener fue durante la segunda guerra mundial, cuando todo el mundo tenía un empleo. Participó en la defensa<sup>10</sup>».

Con cuatro años, Jordan se enseñó a leer a sí mismo con un poco de ayuda de su hermano Ted, quien tenía doce años y solía quedarse a cargo de «cuidar del mocosito».

No quería que tocara su pecera ni su terrario, ni mucho menos su madera de balsa. Y se dio cuenta de que, si me leía y reseguía la línea con un dedo, yo me quedaba a su lado, mirando la página.

Aunque, claro, no iba a leerme libros para niños, sino novelas que se podían considerar para adultos. No sé cuándo empecé a conectar las palabras que pronunciaba con los simbolitos de la página, pero, un día, cuando mis padres volvieron a casa dejó el libro en la estantería, y yo quería más. Así que saqué el libro y me quedé leyéndolo hasta el final, por mucho que me costara. *Colmillo blanco*: ese fue el primer libro que leí, si es que a aquello se lo podía llamar «leer». Al menos pillé un poco la historia.

Cuando mi hermano se dio cuenta de que podía hacer eso, empecé a suministrarme libros que me mantuvieran calladito. Cuando se sentía culpable por dejarme sacar libros de las estanterías de nuestros padres, me traía uno pensado para niños de diez o doce años. Mis tíos abuelos



también me regalaron varios libros, así que llegué a tener un montón de libros infantiles de la época anterior a la primera guerra mundial.

Sí que pensé en escribir cuando era muy pequeño. Sin embargo, los escritores no parecían ganar mucho dinero en Estados Unidos solo escribiendo. Había un montón de autores que escribían libros, pero todos tenían algo más que hacer para ganar dinero. Eso me parecía, al menos. Y, los que solo se dedicaban a la escritura, vivían en Cuba, en el sur de Francia o en Italia. Puede que fuera precoz, pero no sé yo si quería mudarme a Italia<sup>11</sup>...

Para cuando tuvo cinco años, Jordan ya leía a Mark Twain y a Julio Verne por sí solo y le encantaban los libros. Leer era «estimulante», según dijo más adelante. «Era mejor que una película, porque podía visualizarlo todo con la imaginación<sup>12</sup>». Fue un lector empedernido toda su vida: su biblioteca contenía más de catorce mil libros cuando murió.

Asistió a una escuela primaria pública a partir de los seis años. Poco después de entrar, se encontró dándose de cabezazos con los límites de lo que se esperaba de su nivel de lectura, pues tenía uno mucho más avanzado. Su solución fue empezar a frecuentar la biblioteca pública, aunque se veía obligado a «salir a hurtadillas de la sección infantil para entrar en una sala de lectura de la segunda planta», donde estaban los libros que de verdad tenía ganas de leer<sup>13</sup>. Cuando le negaban el material de lectura que quería, se ponía a leer enciclopedias en la sección de referencias. Para cuando Jordan tuvo ocho años, según explica el biógrafo David Aiken, su gran inteligencia y su apetito voraz de información empezaron a meterlo en líos: «Tenía el conocimiento de un niño de ocho años, pero el punto de vista y la percepción de alguien de más de veinte». Y, por tanto, los profesores de su escuela no estaban preparados para lidiar con sus preguntas, así como tampoco lo estaban los de la iglesia: «Fui uno de los pocos niños, que yo conociera, a quien a veces pedían que se quedara fuera del aula de catequesis<sup>14</sup>».

Alrededor de aquella época, Jordan tuvo que cambiar de escuela a una de una zona distinta de la ciudad. Y entonces, en medio de todo aquello, la familia recibió otra sacudida cuando, de pronto, su madre enfermó.

La dificultad añadida empezó cuando mi madre sufrió su primera crisis nerviosa cuando yo tenía ocho años. Las crisis continuaron a intervalos



regulares, y mi madre tenía que quedarse ingresada en el hospital. Mirándolo en retrospectiva y con cierta frialdad, creo que fueron esas dos cosas, el hecho de que fuera un monstruito precoz en ciertos sentidos y que mi madre sufriera de crisis nerviosas, las que en mi caso crearon un trauma infantil suficiente como para hacerme mejor escritor<sup>15</sup>.

A lo largo de todo aquello, tuvo dos constantes en su vida: los libros y el deporte. «Leí *El príncipe* de Maquiavelo con doce años, y eso quizá empezó a quitarme las ilusiones románticas», dijo<sup>16</sup>. En cuanto a los deportes, practicaba todo lo que podía. Conforme se fue haciendo mayor, el fútbol americano fue lo que mejor se le dio: acabó midiendo más de metro ochenta, por lo que lo tenía todo para ser defensa, posición que ocupaba en el terreno de juego.

Cuando estaba en el instituto, su familia se mudó a Johns Island, fuera de Charleston. Su nuevo colegio no tenía equipo de fútbol ni tampoco se practicaban muchos de los otros deportes que le gustaban. Aun así, hizo lo que pudo:

Estudiar me parecía aburrido, la verdad. La mayoría de las veces podía sacar un 7, un 8 o, incluso, un 9 sin estudiar. Y, como además me gustaban los deportes, se me consideraba el no va más...

En cuanto a la escritura, pensé en dedicarme a ello a los diez años, a los dieciséis y a los veinte. Y decía: «No servirá de nada. ¿De qué voy a escribir yo? No he vivido lo suficiente, así que todo lo que escriba va a estar vacío<sup>17</sup>».

Tras graduarse en el instituto St. John's en 1966, lo reclutaron para jugar al fútbol americano en la Universidad Clemson y le concedieron una beca. Decidió estudiar un grado de ingeniería eléctrica, aunque la experiencia no fue demasiado bien. Aquel joven, que siempre había estado por encima de la media, se encontró con que no estaba preparado para aquel momento:

Fui a la universidad y, después de intentar soportar una carga muy grande de materias académicas y seguir con el fútbol, descubrí que tenía que saber estudiar. Y eso era algo que nunca había aprendido a hacer, así que me fue fatal. Después de un año en la universidad, me alisté en el ejército y fui a Vietnam<sup>18</sup>.

## VIETNAM

Sin rumbo fijo, Jordan se ofreció como voluntario para alistarse en el ejército de los Estados Unidos. Y, después de recibir la formación básica en el Fuerte Jackson, lo mandaron a la guerra en mayo de 1968 (véase anexo de imágenes, página 1). Cumplió con dos periodos de servicio, o, tal como los contaba él, los siguientes «dos años, dos meses y veintidós días» de su vida<sup>19</sup>.

En un principio, lo asignaron a un trabajo de oficina, pero Jordan consiguió que lo apostaran como artillero de helicóptero para poder estar más cerca de la acción, antes de que lo ascendieran a jefe de equipo: sirvió con la 68.<sup>a</sup> Compañía de Helicópteros de Asalto, también conocida como los Top Tigers, del 145.<sup>o</sup> Batallón Aéreo de Combate, 12.<sup>o</sup> Grupo de Aviación, 1.<sup>a</sup> Brigada Aérea.

Siempre me ha gustado la historia militar. Sin embargo, cuando estaba en Vietnam no pensaba en la historia ni en la estrategia, sino en seguir con vida y, de vez en cuando, en irme a Australia a descansar, donde iría a la playa y me metería cervezas entre pecho y espalda e intentaría conocer a alguna profesora que estuviera de vacaciones.

Más o menos ya sabía lo que me esperaba, porque el servicio militar siempre ha sido una tradición familiar. Mis hermanos, mi padre y mis tíos, así como mi abuelo y mis tíos abuelos, habían estado en el ejército; algunos se alistaron, la mayoría de ellos como oficiales, algunos se labraron una carrera allí y otros no. Pero había que cumplir con el servicio básico, y, si alguien disparaba en alguna parte, tocaba ir adonde estuvieran las pistolas<sup>20</sup>.

La forma en que su experiencia en la guerra pudo afectar a su personalidad como autor era un tema que solía surgir en sus entrevistas, y Jordan se mostraba reticente a admitir que había una correlación intencional entre lo que escribía y lo que había vivido. Su respuesta a este tipo de preguntas solía ser como la que viene a continuación, extraída de una entrevista que concedió tan solo dos años antes de morir:

Sí que he sacado ciertos aspectos de Vietnam. Sé lo que es que alguien quiera matarme. A mí en concreto, no a otra persona cualquiera. A mí. Sé lo que es matar a alguien. Sé lo que se siente la primera vez y lo distinto que es a la

quinta o de la décima. Todo eso ha afectado a los personajes que he escrito, desde luego. Solo que no ha sido adrede. Cómo es una persona depende en gran medida de lo que ha experimentado a lo largo de la vida y de cómo ha reaccionado ante esas experiencias. Lo que uno escribe siempre se filtra a través de la persona que es. Así que la influencia tiene que estar ahí<sup>21</sup>.

Solo una vez admitió que había una correlación directa entre la guerra y sus obras. En la sexta novela de *La Rueda del Tiempo*, el protagonista, Rand, memoriza el rostro de una joven que muere para protegerlo:

Una Doncella estaba enderezando el cuerpo de Desora; le había levantado el velo. La mujer alargó una mano para detenerlo cuando Rand tocó aquel pedazo de negro *algode*; después, al fijarse en su cara, vaciló y finalmente se puso en cuclillas.

Rand levantó el velo de Desora para grabar los rasgos de la Doncella en su memoria. Parecía estar dormida. Desora, del septiar Musara de los Reyn Aiel. Tantos nombres: Liah, de los Cosaida del clan Chareen; Dailin, de los Nueve Valles del clan Taardad; Lamelle, de los Agua Humeante del clan Miagoma... y tantos. A veces repasaba esa lista nombre por nombre<sup>22</sup>.

No son más que unas pocas frases, un minuto o dos en la vida de Rand. Sin embargo, a los lectores familiarizados con el trauma, este pasaje se les graba a fuego en la memoria. En 1994 le preguntaron si la escena se basaba en su experiencia militar y Jordan respondió que así era:

Supongo que, de hecho, esa escena en particular surgió de la única vez que de verdad me quedé impactado en combate al dispararle a alguien, al dispararle a alguien de verdad. Tuve que... Estaba intercambiando fuego con algunos enemigos en un sampán, y una mujer salió y empuñó un AK-47, y no dudé en dispararle. Pero la experiencia me impactó. Me criaron de una forma muy tradicional. No se le debe hacer daño a una mujer, es algo que no se hace y punto. Eso es lo único que me impactó durante mucho tiempo, muchísimo<sup>23</sup>.

La guerra está llena de sucesos horribles como este, suceda en el bando que suceda o se luche por una causa u otra. Esta es una de las

varias razones por las que Jordan se mostraba bastante incómodo con la idea de que hubiera hecho algo heroico en Vietnam, por mucho que le hubieran concedido la Cruz de Vuelo Distinguido con hojas de roble, una estrella de bronce con una V y dos cruces de valentía vietnamitas con hoja de palma. Cuando le preguntaron cómo había ganado aquellos galones militares, se mostró bastante modesto:

Todo el mundo conoce una forma de ganar una medalla: cumplir con algo que debe llevarse a cabo y hacerlo siendo plenamente consciente de que uno va a arriesgar la vida. Yo no hice eso. Muy pocas personas lo hacen, es por eso que a los que sí los consideramos héroes.

Sin embargo, en otras ocasiones, puedes darte cuenta de que vas a morir en cuestión de minutos, salvo si cometes una estupidez colosal, en cuyo caso tienes unas probabilidades ínfimas de sobrevivir. Y, en contra de toda lógica, surte efecto. O das un paso sin pensar, y entonces es demasiado tarde para volver atrás, quizá porque dar media vuelta es igual de peligroso que seguir adelante o incluso más, o quizá porque sabes que vas a tener que mirarte al espejo y, cada vez que lo hagas, recordarás que te diste media vuelta. Así que sigues adelante. O tal vez es porque estás con tus amigos y tienes que apoyar su jugada, por alocada que sea, porque son tus amigos, igual que ellos han apoyado tu jugada antes, por alocada que fuera.

Yo estaba con un grupo de hombres que tenían cierta forma de ser, y, si no la compartías antes de ir con ellos, no tardabas en absorberla. Una placa que teníamos en la sala de recreación rezaba: «Todo el mundo puede bailar con la hija del diablo, pero nosotros se lo decimos a su viejo a la cara». En una época como aquella, en un lugar como aquel, todos éramos jóvenes y estábamos locos, y, si pasábamos el tiempo suficiente allí, sabíamos que íbamos a morir. Y no de viejos, sino el mes siguiente, la semana siguiente, el día siguiente. O en aquel mismo instante incluso. Y, si eso es lo que va a pasar, ¿qué más da todo? Al final, para la mayoría de nosotros, las medallas fueron por conseguir no morir. Si uno sigue con vida cuando los mandamases creen que deberías haber muerto, les revoluciona el cerebro, así que te cuelgan algo del cuello para recobrar la compostura. Eso es lo que me pasó a mí. Por eso no soy un héroe. Y lo repito: no lo soy. Lo único que hice es arreglármelas para seguir con vida. Incluso pude recobrar la cordura después de todo. Bueno, en gran parte, al menos<sup>24</sup>.

Aun así, sí que tenemos alguna idea de los actos que llevó a cabo. En 2002, al hablar sobre la mortalidad, Jordan declaró:

Tenía diecinueve años cuando me di cuenta de que iba a morir. Durante mi primer periodo de servicio en Vietnam, el helicóptero en el que iba estalló y me tiró a la selva. Me puse de pie y corrí a través de la línea de una emboscada del ejército de Vietnam (sin saber yo que estaba ahí), solo porque sabía que el otro helicóptero estaba en aquella dirección.

Saber eso cambia cómo ves el mundo, creo que te da cierta madurez. Quizá la madurez es saber que todo va a cambiar, que ni tú ni ninguna de las personas que ves van a estar ahí para siempre<sup>25</sup>.

Solo hacia el final de su vida salieron historias más detalladas sobre su servicio en el ejército. Mientras Jordan combatía la enfermedad que acabó quitándole la vida, su primo, Wilson Grooms, tomó las riendas de su blog para mantener a sus seguidores al tanto del estado del autor al que tanto querían. En un intercambio, habló de un relato familiar en el que Jordan derribó el proyectil de un lanzacohetes en pleno vuelo<sup>26</sup>. Eso lo llevó a él mismo a contar la historia unas cuantas semanas después:

Creo que tengo que aclarar ciertas partes de toda esa historia de derribar el cohete. Antes de nada, quiero recalcar que es algo que uno no tiene que intentar por su cuenta ni aunque sea un experto. Y, cuando digo *experto*, me refiero a cualquier persona que lo haya intentado una vez y siga con vida. No hay muchas razones para intentarlo, la verdad. Aun así, cuando uno mira a la derecha y ve una muerte segura que se le acerca, y al mirar a la izquierda ve una rendija en la pared por la que tiene una posibilidad entre un millón de caer..., una entre diez millones..., se acaba lanzando a la rendija por instinto. Yo tuve mucha suerte, muchísima. Tal como ocurrió, estaba lanzando fuego de supresión no muy lejos de donde el señor vietnamita disparó, así que solo tuve que cubrir un pequeño arco, un movimiento de muñeca de nada. Aun así, tuve muchísima suerte. Cuando el piloto preguntó qué había pasado, le dije que un misil había estallado antes de cuenta, porque me imaginé que no se lo iba a creer. Ni siquiera algunos de los otros que lo vieron desde otros helicópteros se lo creyeron. Oí un montón de «Anda, casi parece que lo has derribado

tú» y de «Qué suerte que ha estallado antes de cuenta, no sabía que eso podía pasar».

También está la cuestión de ver el cohete en pleno vuelo. Eso fue gracias a estar «muy metido». El proyectil en sí era una granada propulsada por cohete, y es rápido, muy rápido, rapidísimo. He oído a muchos deportistas y periodistas hablar de estar «muy metidos» en un partido, pero creo que la mayoría de ellos se refieren a que han jugado muy bien. Creo yo que no estaban muy metidos de verdad, porque, cuando pasa eso, no se comete ningún error. Ni uno. Lo descubrí jugando a béisbol y a baloncesto, y luego a fútbol americano. No siempre consigues llegar a ese estado, y desde luego no ocurre por voluntad propia, pero, cuando sí llegas... Lo que pasa es que, aunque te mueves a la velocidad de siempre, los demás y todo se mueve a cámara lenta. Los pases flotan como si el aire estuviera hecho de miel. Tienes todo el tiempo del mundo para ponerte en posición. Y la vista te mejora, se vuelve más aguda. El *quarterback* ha hecho un amago perfecto y todos creen que es el *fullback* que corre por el centro quien tiene la pelota. Pero, incluso si no has visto el movimiento con el que el *quarterback* se ha escondido la pelota detrás de la pierna, atisbas ese trocito de pelota que apenas se ve y te interpones en su camino antes de que llegue a la línea. Quizá lo interrumpes antes de que pueda acabar el pase. Porque estás muy metido. Esa fue la única razón por la que pude hacer esa jugada.

Por otro lado, lo que llevaba era una ametralladora M-60 en un pivote, no una Browning M2. Solo teníamos unas pocas de esas, y teníamos que andarnos con cuidado de que ningún inspector general las viera, porque no teníamos permiso para portar ninguna de esas. No sé si podría haberlo conseguido con una M2, a decir verdad, porque habría supuesto mucho más peso que girar, más inercia que superar. Y con la M-60 ya me salió por los pelos<sup>27</sup>.

La época que Jordan pasó en la guerra fue muy traumática. Salió de ella cambiado. Habló de ello en la misma entrada, cuando contó otra historia sobre los dos apodos que tuvo en Vietnam:

Primero me llamaron Ganesha, por el dios hindú capaz de eliminar obstáculos, el de la cabeza de elefante. Ese me gustó, pero más adelante me gané otro apodo que ya no me gustó tanto: el vendedor de hielo. Un

día, nos metimos en un tiroteo, solo nuestro barco, pero pillamos a un batallón del ejército de Vietnam que cruzaba el río, y, mira tú por dónde, nos dieron permiso para abrir fuego antes de que lo consiguieran. Al artillero le explotó una bala en la cámara, con lo que se le encasquilló su M-60, y el idiota se había dejado el petate con recambios en el muro de contención. Así que, mientras él buscaba con desesperación mi petate debajo del asiento, me tocó a mí, joven y loco que era, de pie en los patines de aterrizaje, cantando algo de los Rolling Stones a pleno pulmón con el micrófono activado para que los demás me escucharan y, por Dios, cómo tiré de esa M-60. Tres mil proyectiles, una caja de munición vacía y una boca humeante que se habían acabado quemando porque no quise darme un momento para cambiar. Nos ordenaron que nos marcháramos después de que me quedara sin munición para que los de artillería pudieran abrir fuego, y, claro, fueron ellos quienes se llevaron el mérito por todos los cadáveres que recuperaron, pero pudimos contar cuántos flotaban en el río cuando nos fuimos. Al día siguiente, en una oficina del barracón, un oficial con aires literarios anunció mi llegada como «Aquí está el vendedor de hielo». Para quienes no conozcan la obra de Eugene O'Neill, el vendedor de hielo era la muerte. Odiaba ese apodo, pero no lograba desprenderme de él. Y, a decir verdad, en aquellos tiempos quizá me pegaba. Tengo, o tenía, una foto de un joven sentado en un tronco comiendo raciones con un par de palillos. Y hay tres cadáveres vietnamitas en fila a su lado. No los mató él ni decidió sentarse ahí por los cadáveres, sino que era tan solo el lugar más conveniente en el que sentarse, y los cadáveres no lo perturbaban. Eran parte del paisaje y ya está. El joven mira a la cámara de reojo, y con esa mirada sabes que no es alguien que llevarías a casa para presentarlo a tus padres. En el mundo civilizado lejos de la guerra, no lo querrías tener en tu barrio, porque es frío, frío como el hielo. Estrangulé a aquel cabrón, le clavé una estaca en el corazón y lo enterré bocabajo en una intersección a las afueras de Saigón antes de volver a Estados Unidos, porque sabía que aquel hombre no estaba hecho para sobrevivir en un entorno civil. Creo que ya no está, que ya no queda nada de él. Eso espero. Prefiero que me recuerden como Ganesha, el que elimina los obstáculos<sup>28</sup>.

Durante mucho tiempo, Jordan tuvo la intención de escribir un libro sobre su experiencia. Fue por ese motivo que insistió en escribir



ficción bajo un pseudónimo: la historia sobre su propia vida iba a ser la única que contara con su nombre de verdad. Tal como admitió en una entrevista en 1991, iba a ser una empresa difícil: «Pero es posible que la dificultad de enfocar un libro en Vietnam me impida que lo haga. Hay muchas personas que no han aceptado la guerra, lo que les hizo y cómo las cambió<sup>29</sup>». Para 1998, estaba todavía menos seguro de que fuera a ser capaz de hacerlo:

No intento escribir sobre Vietnam; antes creía que en algún momento lo iba a hacer, pero ahora no creo que pueda ponerme a ello. Aun así, conozco la confusión, la incertidumbre y la ignorancia de todo lo que no ves que existe una vez que comienza la batalla. No creo que la guerra llegue a ser nunca lo bastante tecnológica como para eliminar del todo la «niebla de la guerra». Así que puedo poner esas sensaciones en lo que escribo<sup>30</sup>.

## EN CASA OTRA VEZ

Tras volver a casa en Charleston, convencieron a Jordan de que se matriculara como alumno veterano en The Citadel, la universidad militar de Carolina del Sur. Evitó muchas actividades del campus y se mostró más bien reservado; tras salir del ejército, se dejó crecer una melena ondulada y un bigote. Si bien no fue el mejor de su clase, estaba claro que tampoco era el peor en el campo que escogió, la física: «Lo tenía todo preparado para graduarme y sacarme un doctorado en óptica cuántica», dijo más adelante.

Me interesaba mucho la física teórica, solo que estaba harto de estudiar y quería seguir adelante con mi vida. En aquellos tiempos, el gobierno reclutaba a ingenieros, físicos y demás para mandarlos a una facultad para estudiar ingeniería nuclear. Así que me hice ingeniero y pasé mucho tiempo diseñando procedimientos para poner a prueba y rediseñar reactores en embarcaciones navales estadounidenses<sup>31</sup>.

Su trabajo lo llevó al astillero naval de Charleston, no muy lejos de donde había trabajado su padre. Y fue allí, a principios de 1977, cuando volvía a su despacho desde el dique seco, que «se tropezó con una caja de conexiones de las vías del tren<sup>32</sup>». Cuando se cayó,

se desgarró los ligamentos de la rodilla. A pesar de que los cirujanos hicieron lo que pudieron para reconstruir la articulación, Jordan necesitaría por momentos un bastón para caminar durante el resto de su vida. Y la tragedia no acabó ahí: mientras se recuperaba, unos coágulos provocados por la cirugía se liberaron y se le metieron en los pulmones. Si no hubiera estado ya en el hospital, lo más probable es que hubiera muerto entonces.

Con treinta años, ya se había enfrentado a la muerte en tiempos de guerra y en tiempos de paz, por lo que concluyó que «la vida era demasiado corta» como para no hacer algo que le gustara<sup>33</sup>. Y, como los libros que leía para pasar el tiempo durante los meses que le llevó recuperarse no consiguieron satisfacerlo del todo, decidió escribir uno propio:

Recuerdo que abrí un libro de un autor que sabía que me gustaba, que leí unos párrafos y lo acabé tirando al otro lado de la habitación. Y me dije: «Por Dios, si hasta yo podría hacerlo mejor». Así que pensé que había llegado el momento de ponerme a ello o cerrar el pico<sup>34</sup>.

Según dijo, le llevó tres meses y medio acabar su primer libro. «Lo escribí a mano en blocs de notas amarillos. Cuando volví al trabajo, aprovechaba las noches para pasarlo a máquina y aplicar los cambios que tuviera que hacer, y luego se lo envié a una editorial». Este resultó ser una novela de fantasía, *El guerrero de los Altai*, y la editorial fue DAW Books. A pesar de ser su primer intento de algo que muy pocos pueden conseguir, su talento y potencial saltaban a la vista. En agosto de 1977, DAW le hizo una oferta por la obra. No obstante, un mes después, cuando Jordan pidió unos cambios en los términos de los derechos subsidiarios del contrato, la editorial la retiró.

## SIEMPRE HARRIET

Por aquel entonces, una de las mejores editoras de ciencia ficción y fantasía también estaba volviendo a Charleston. Harriet McDougal (cuyo apellido de soltera era Popham) nació el 4 de agosto de 1939 en una parte de la ciudad muy distinta a la zona pobre y penosa donde se había criado Jordan. Su padre era un hombre de la marina que llegó

a almirante antes de jubilarse. Mientras él se encontraba en alta mar durante la segunda guerra mundial, su madre pidió una hipoteca a su nombre para comprar la parte de sus tres hermanos de la residencia, en la calle Tradd, que habían heredado de su madre: una casa construida alrededor de 1797 cuya valla, por curioso que parezca, recibió elogios de H. P. Lovecraft en la guía que escribió sobre la ciudad.

Después de la guerra, el padre de Harriet pasó a ser el comandante del astillero naval de Charleston (donde Jordan, por las casualidades de la vida, se hizo daño en la rodilla). Aquello hizo que la familia viviera en la base. Sin embargo, cuando terminó aquel periodo de servicio, este se jubiló y se mudaron al centro.

Harriet gozó de una formación excelente durante su infancia y se acabó graduando en Inglés en 1960, en la universidad Harvard-Radcliffe. Un contacto casual le consiguió un trabajo en el sector editorial, por lo que se mudó a Nueva York, donde trabajó como editora en John Wiley & Sons, y, poco después, se casó con su primer marido, Ed McDougal. Para 1970, ya se habían divorciado y ella criaba a su hijo, Will McDougal, por su cuenta. Mientras tanto, seguía camino hacia el estrellato como editora. En su trabajo en Grosset & Dunlap, conoció al editor Tom Doherty. Cuando este pasó a ser editor de Ace Books en 1975, ella aceptó la posición de directora editorial y supervisó un periodo de «gran crecimiento», según afirmó Doherty más adelante<sup>35</sup>. En 1977, llegó a ser vicepresidenta de Ace, pero la muerte de sus padres la convenció de que dejara el puesto y se mudara de vuelta a Charleston. Dos generaciones de mujeres habían sido propietarias de aquella casa de la calle Tradd, y ella iba a ser la tercera.

Para poder pagar las facturas, Harriet se asoció con Richard Gallen, un abogado que había trabajado para Dell Books, en un acuerdo para fundar su propia imprenta, Popham Press, en el que iban a compartir los beneficios. Se encontraba comprando en una librería de la ciudad llamada The Book Bag, en la calle King, cuando el gerente de la tienda le dijo que había un hombre de la zona que iba allí de vez en cuando y que decía que estaba escribiendo un libro. Como no tenía ninguna tarjeta de visita, Harriet dejó apuntado su nombre y su número de teléfono en una ficha por si el hombre volvía a pasarse por allí.

Aquel hombre, cómo no, era Jordan (véase anexo de imágenes, página 2).

En aquellos tiempos, Harriet buscaba a «autores que escribieran novelas históricas románticas dirigidas a un público femenino<sup>36</sup>». Cuando Jordan la llamó, por fin, eso fue lo que le dijo a él. Y este insistió en que eso era justo lo que estaba escribiendo. Más adelante, dijo que respondió esto pensando en una vieja lección propia del mundo de la actuación:

Si alguien viene y te dice «Hay unas pruebas a las que tienes que ir, sé que vas a encajar perfectamente en el papel. Te lo van a dar, seguro que te lo dan. Sabes montar a caballo, ¿verdad?»», lo que tienes que responder es «¡Sí, claro! ¡Cómo no! Si monto desde que era un crío. Sí, claro que sé». Y ya tendrás tiempo de ir a aprender a montar a caballo después<sup>37</sup>.

Cuando ella lo invitó a su casa para charlar, él «fue hacia allí en coche mientras inventaba la sinopsis de una novela histórica romántica<sup>38</sup>». Harriet reconoció varios problemas potenciales con el esquema, que le pareció «horrible»: «Lo único que recuerdo es que en la inevitable escena de sexo aparecía un pato». Aun así, sabía que DAW le había ofrecido un contrato inicial para *El guerrero de los Altai*, por lo que le sugirió que probara suerte con la novela romántica.

Jordan también pensaba en aquel contrato. «Daba igual» que DAW hubiera retirado la oferta en su segunda carta, según dijo más adelante, «porque ya había decidido que iba a ignorarla»:

La primera carta [de DAW] decía que se me daba bien escribir. Había ciertos aspectos de mi trabajo que me ponían de los nervios, así que despejé el escritorio, acabé todos los proyectos que estaban pendientes y presenté mi dimisión.

—¡No puedes irte!

—Ahí tienes mi carta de dimisión —dije yo—. Adiós.

—Si te vas, no volverás a tener un puesto en el gobierno de Estados Unidos nunca más —me advirtieron.

—¿Me lo puedes dar por escrito? —contesté yo<sup>39</sup>.

Jordan se mudó con sus padres, quienes hicieron todo lo que pudieron por apoyarlo en aquella nueva etapa de su vida: «Mi padre siempre dijo que tenía que hacer lo que quisiera, que era mi vida. Nadie podía vivirla por mí y yo no podía vivirla por nadie más<sup>40</sup>».

El libro que empezó a escribir, tal como había sospechado Harriet, no era muy bueno. Tras alcanzar las trescientas páginas del proyecto, lo dejó de lado.

Harriet, durante una etapa «de vacas flacas» ocho meses después de su primera reunión, lo llamó para ver cómo iba y él le contó que la novela romántica había sido un fiasco. Ella lo animó a que la dejara leer *El guerrero de los Altaii*, todavía sin publicar, pero él se mostraba reacio: sabía que la «fantasía bárbara» no era lo que buscaban en Popham Press, y no quería que Harriet pensara que solo sabía hacer eso. Ella lo convenció de que se lo dejara leer de todos modos, así que Jordan acabó dejándole el manuscrito en su casa.

Cuando, más adelante, se presentó antes de hora a una reunión para hablar de la novela, oyó que Harriet se quejaba con otro autor de que nadie quería escribir una obra histórica ambientada en Carolina del Sur que no tratara sobre la guerra civil de Estados Unidos. Por tanto, cuando le llegó el turno para entrar, ya se había preparado. Ella le dijo que tenía razón, que *El guerrero de los Altaii* no era lo que buscaba, pero que había conseguido convencerla de que era capaz de escribir un buen libro. Con una sonrisa, Jordan le respondió que había estado pensando en escribir un relato histórico ambientado en Carolina del Sur y le prometió que al día siguiente le daría el resumen. Y, a diferencia de la novela romántica, aquel libro sí que estuvo bien. Poco después ya tenía el contrato de lo que iba a ser su primera obra publicada: una historia sobre la Revolución estadounidense que contaba lo que a él le parecían los aspectos «olvidados» de la historia del sur del país de aquella época<sup>41</sup>. La mayor parte de la narración transcurría en Charleston. Esta se titulaba *The Fallon Blood* y fue editada por McDougal. En 1980, la publicó Popham Press y la distribuyó Ace Books, bajo el primer pseudónimo de Jordan, Reagan O'Neal.

Mientras tanto, Harriet le había sugerido que mandara *El guerrero de los Altaii* a Doherty, quien se lo pasó a Jim Baen, de Ace Books, en abril de 1980. Dijeron que iban a pedirle ciertas revisiones, aunque las peticiones no le llegaron de inmediato. Alrededor de aquella época, Doherty dejó su puesto en Ace Books y fundó su propia editorial: Tom Doherty Associates. Una de las primeras llamadas que hizo fue a Harriet, en Charleston: «No te pido que te mudes aquí otra vez, sino solo que edites», le dijo<sup>42</sup>. Harriet accedió a ser vicepresidenta y directora

editorial de Tor Books, recién fundada, siempre que pudiera trabajar desde Charleston. Allí acabaría siendo la editora de muchísimas novelas de fantasía y ciencia ficción importantes de la época.

Jordan y Harriet empezaron a salir poco después de que él terminara una gira literaria para promocionar *The Fallon Blood* y se casaron el 28 de marzo de 1981. Jordan no tardó en convertirse a la religión de ella («Los hombres de mi familia siempre se han quedado con la religión de la mujer con la que se casan»), y los dos empezaron a asistir a la iglesia episcopal<sup>43</sup>. En aquella misma época, Tor publicó la segunda novela de Jordan, *The Fallon Pride*. La tercera entrega de la trilogía sobre la Revolución, *The Fallon Legacy*, se sacó a la luz en 1982. Ese mismo año, se lanzó la novela *Cheyenne Raiders* (en aquella ocasión bajo el pseudónimo Jackson O'Reilly), la cual Jordan había vendido a otro editor para desprenderse de la sensación de que solo lo habían publicado por su mujer. Aun así, Harriet seguiría siendo su editora y lo fue hasta el final de su trayectoria.

Fue en aquel periodo, con cuatro novelas publicadas (y la quinta, *El guerrero de los Altaii*, perdida en el limbo editorial) que Jordan se convirtió en Jordan.

Doherty acababa de adquirir los derechos para lanzar una nueva novela del personaje de Robert E. Howard: Conan el Bárbaro. Y, ante una película de Conan protagonizada por Arnold Schwarzenegger, que iba a estrenarse en 1982, le pidió a Harriet que le encontrara a alguien capaz de escribir en poco tiempo una obra de fantasía sobre bárbaros. Ella le ofreció a su marido. Jordan lo rechazó en un principio, pues «dudaba de que le fuera a ir bien si escribía usando el universo de otra persona<sup>44</sup>». Sin embargo, Harriet insistió hasta que consiguió convencerlo, y él «se sorprendió al ver que se lo pasaba muy bien», así que acabó escribiendo siete exitosas novelas de Conan durante los siguientes dos años: *Conan el invencible* (1982), *Conan el defensor* (1982), *Conan el invicto* (1983), *Conan el triunfador* (1983), *Conan the Magnificent* (1984), *Conan el destructor* (1984) y *Conan the Victorious* (1984). Todas ellas, bajo un pseudónimo nuevo: Robert Jordan.

En medio de toda esa productividad, Jordan recuperó los derechos de *El guerrero de los Altaii* en 1983, pero no intentó publicarla de nuevo. Estaba pensando en otra cosa. Había comenzado a crear otras historias a lo largo de los años (en sus documentos sin publicar hay borradores de

un *thriller*, *April the 15th*, de una novela de ciencia ficción, *Jon One-Eye*, y de un *western*, *Morgan*, entre otros<sup>45</sup>), pero concretamente le venía dando muchas vueltas a una nueva saga de fantasía.

*La Rueda del Tiempo* estaba a punto de nacer.

Ya como autor popular, Jordan comenzaba su viaje camino a convertirse en un fenómeno superventas a nivel internacional cuando Tor publicó *El ojo del mundo* en 1990. Fue la primera de las seis novelas que había planeado en torno a *La Rueda del Tiempo*, todas ellas con la intención de que las editara Harriet, por supuesto. El segundo de ellos, *La gran cacería*, ya estaba casi completado cuando publicaron el primero, por lo que lo lanzaron el mismo año.

Las explicaciones sobre cómo se desarrolló el proyecto se encuentran más adelante. Por el momento, basta con saber que los siguientes volúmenes de la saga (y varias obras relacionadas con ella) fueron apareciendo con regularidad durante los siguientes quince años y que se pasaron del límite esperado originalmente conforme iba creciendo el alcance de la iniciativa: *El dragón renacido* (1991), *El ascenso de la sombra* (1992), *Cielo en llamas* (1993), *El señor del caos* (1994, nominado a un premio Locus), *La corona de espadas* (1996), *La Rueda del Tiempo: El mundo de Robert Jordan* (1997, junto con Teresa Patterson), *El camino de dagas* (1998), *Nueva primavera* (1998, un relato), *El corazón del invierno* (2000), *Encrucijada en el crepúsculo* (2003), *Nueva primavera* (2004, versión novela) y *Cuchillo de sueños* (2005). Empezando por *El camino de dagas*, cada nueva entrega de la secuencia principal de la saga llegó a ser número uno en la lista de superventas del *New York Times*<sup>46</sup>. Por sus éxitos literarios acumulados y por su vida de servicio, le concedieron en 1999 un doctorado honorario en literatura en su *alma mater*, The Citadel.

El universo de *La Rueda del Tiempo* es una de las mayores hazañas en términos de la construcción de un mundo propio dentro del campo de la fantasía, y eso implica mucho trabajo. Cada volumen supuso una empresa enorme, que oscilaba entre las 226.000 palabras (*El camino de dagas*) y las casi 400.000 (*El ascenso de la sombra*) en sus versiones originales, con una trama complicada que abarcaba distintas historias y puntos de vista.

El despacho de Jordan reflejaba esa escala. Se encontraba en lo que antes había sido la cochera de la vivienda de la calle Tradd, donde



Harriet había vivido en 1944 y en 1945 mientras su madre aún ofrecía la casa grande en alquiler. A pesar de que inicialmente ocupaba solo la segunda planta, el despacho acabó cubriendo la primera también, sumido en una cacofonía visual. Había armas de toda índole (desde la antigüedad hasta el mundo moderno) suficientes como para llenar una armería pequeña. Había montones de papeles, cachivaches preciados, obras de arte y objetos de colección. Regalos de sus seguidores. Un esqueleto que llevaba un casco con cuernos. Una diana de dardos. Pipas para fumar. Expositores de sombreros. Cientos de discos de todos los géneros (aunque al principio le gustaba escribir escuchando música clásica más que nada). Telescopios. Y miles y miles de volúmenes colocados en unas estanterías que crujían por el peso: sobre historia, mitología y filosofía, además de toda una colección de libros de ficción que iban desde las novelas de misterio antiguas y los *westerns* hasta las de fantasía y ciencia ficción del momento. Y en la planta de arriba había más aún. Todo aquello, hasta el objeto más pequeño, fuera de forma directa o indirecta, comprendía otro radio más que hacía girar la obra, enorme y en constante evolución, que era *La Rueda del Tiempo*.

Por todo ello, el espacio en el que escribía era relativamente pequeño. Para llegar hasta allí, había que atravesar aquel laberinto mental hasta llegar a un pequeño despacho situado en un rincón. Allí, cerca de una ventana, había un escritorio antiguo que habían comprado en una tienda de la calle King. Era de roble pesado y estaba un poco desgastado en la parte sobre la que apoyaba el codo derecho. Fue allí, en medio de papeles y libros, en un ambiente cargado del olor al humo de la pipa, que escribió las palabras que millones de lectores acabarían devorando<sup>47</sup>.

Durante varios años, dos ayudantes suyos compartieron el espacio con él en aquella cochera, y los dos cumplieron un papel esencial en *La Rueda del Tiempo*. La primera fue Maria Livingston Simons<sup>48</sup>. Había empezado a trabajar para Jordan en 1996, y al principio había llevado a cabo la tarea de supervisar el correo de sus seguidores y de realizar labores administrativas a tiempo parcial, pero acabó siendo su ayudante a tiempo completo en menos de un año. Uno de sus primeros trabajos fue enorme: organizar las notas de Jordan sobre *La Rueda del Tiempo*, las cuales ya acumulaban miles de páginas de material. A partir de ahí, se convirtió en su editora de continuidad

y en su ayudante de investigación general. Era, según decía él muy a menudo, su «mano derecha», y sus comprobaciones constantes de cuestiones textuales hicieron que pasara a ser la mayor autoridad en el universo de *La Rueda del Tiempo*, más allá de Jordan y de Harriet. Este solía responder a las inquietudes de los seguidores con educación, con la expresión *RAFO* (*sigue leyendo y ya lo verás*, por las siglas en inglés de la expresión original *Read and Find Out*); más adelante, de esta primera surgiría *AMFO* (*Ask Maria and Find Out; pregúntaselo a Maria y ya te lo dirá*).

Año tras año, a Maria se le fueron sumando más obligaciones, hasta el punto de tener que ser la asistente de investigación de Jordan a la vez que gestionaba las muchas (y cada vez más) tareas que una saga de novelas superventas internacional exigía. Necesitaban más ayuda. Por tanto, en 2001, siguiendo el consejo de Maria, Jordan entrevistó y contrató a Alan Romanczuk para que fuera su nuevo ayudante de investigación. Además de sus diversas responsabilidades generales, el puesto implicaba coordinar líneas de tiempo y personajes, lo que se convirtió en su especialidad. Jordan también se apoyaba mucho en él para que le echara una mano a la hora de lidiar con las secuencias de acción de las novelas.

El trabajo de Jordan cambió muy poco con los años. Escribía todos los días, y a los autores principiantes siempre les recomendaba que se propusieran un límite al que pudieran llegar cada día<sup>49</sup>. Su rutina personal era dirigirse a la cochera después de desayunar, a donde solía entrar con una sonrisa y tarareando una cancioncita. Le gustaban las salomas, entre otras canciones, y se le daba bastante bien. Primero se encargaba de los mensajes de teléfono y de las cartas que Maria organizaba, y les asignaba prioridad. Luego se ocupaba de los correos electrónicos necesarios y se quitaba de encima las tareas administrativas del día lo antes posible.

Después de completar dichas obligaciones, Jordan empezaba a escribir. Una vez centrado, dejaba de notar cómo pasaba el tiempo y cómo funcionaba el mundo (se llegó a perder varias comidas, tormentas y muchos otros sucesos mientras escribía), hasta que la oscuridad y el miedo a perderse una cena con Harriet lo empujaban de vuelta a casa. Tal como declaró en 1994, su horario más común al comenzar un nuevo proyecto literario era una jornada de seis a ocho horas durante cinco

días a la semana: «Después de eso, la rutina acaba siendo beber un litro o dos de café fuerte y escribir de doce a catorce horas al día, siete días a la semana. Y, al final del proceso, o bien acabo el libro o me muero<sup>50</sup>». Para mantenerlo cuerdo, incluso con aquella rutina agotadora, estaba Harriet, por descontado:

A veces mi mujer me dice que trabajo demasiado, que me vaya de pesca, y a veces le hago caso. Y a veces me dice que quiere que vea algo en el porche, y, cuando bajo, hay un guía de pesca esperándome, y me dice que me vaya a pescar. Y eso es todo, más o menos, salvo por las paradas ocasionales para pescar cuando viajo; hay mucho por escribir y no hay suficientes años. Es una persona maravillosa, la emperadora del universo conocido<sup>51</sup>.

Jordan contaba con una mentalidad sistemática. Hacía listas de tareas que solía escribir a máquina para aprovechar el tiempo lo máximo posible, desde una lista diaria hasta una sobre qué herramientas se debían llevar en un coche<sup>52</sup>. Ese nivel de pensamiento organizado también lo aplicaba a su escritura de ficción. Tomaba una cantidad ingente de notas para profundizar y enriquecer sus obras: registros de lugares donde se cultivaban las plantas del mundo real y en qué época del año se plantaban y se cosechaban, por ejemplo, además de listas de árboles que incluían notas sobre dónde y cómo crecían, pero también qué sensación tenía su corteza al tacto y qué forma adoptaban sus ramas<sup>53</sup>.

Dada la trama complicada y la especificidad de *La Rueda del Tiempo*, no resulta nada asombroso que Jordan acabara con miles de páginas de notas y material de trasfondo que guardaba a buen recaudo. Tampoco sorprende saber que redactaba un borrador de sus capítulos y que volvía a hacerlo constantemente hasta que le parecía que estaban listos para los ojos de los demás. Harriet dijo que lo normal era que no pudiera ver lo que había escrito hasta el duodécimo borrador. Un boceto de *La gran cacería*, que ha sobrevivido, por ejemplo, comienza con la vigésimo quinta versión del prólogo, la vigésimo novena del capítulo 1, la trigésimo segunda del capítulo 2..., y, aun así, no se trata de la versión final que llegó a imprenta<sup>54</sup>.

A pesar de que los autores suelen redactar sus historias de un modo lineal (en el orden en el que aparecen en el libro o en el de su propia línea temporal), en ocasiones Jordan no seguía esa línea, sino que se

movía de una escena a otra según le llegara la inspiración. Aun con todo, por muy extensa que fuera la trama de sus novelas, no se olvidaba del avance de la narrativa.

La biografía de autor de Jordan, con unos pocos cambios, siempre era una variación de lo que aparecía en la funda de sus primeras novelas: «Robert Jordan se graduó en The Citadel y vive en Charleston, Carolina del Sur». La simpleza de esa frase de por sí se hizo famosa, y lo escueta que era proporcionaba una sensación de misterio a sus lectores, aunque no era lo que Jordan había concebido en un principio. En su lugar, sus notas desvelan un borrador de una biografía bastante más extensa, que pensaba incluir en su primera novela. De las dos versiones que quedan, la siguiente es la más completa:

Robert Jordan nació el 17 de octubre de 1948, en el Año de la Rata, en Charleston, Carolina del Sur, donde todavía reside en la actualidad, en una casa de doscientos años de antigüedad. Cumplió dos periodos de servicio en Vietnam, donde le concedieron la Cruz de Vuelo, una estrella de bronce con una *v* y dos cruces de valentía vietnamitas. Se graduó en física en The Citadel (la universidad militar de Carolina del Sur), y, antes de dimitir para dedicarse a la escritura a tiempo completo, fue ingeniero nuclear para el gobierno de Estados Unidos. Además de fantasía, ha escrito novelas históricas, *westerns* y misterios internacionales, además de ser consultor editorial para Tor Books. Sus aficiones incluyen la caza, la pesca, el póquer, el ajedrez, el *go* y el *shogi*, además de coleccionar arte oriental y africano. Le gusta fumar en pipa y es seguidor de Ricardo III y de Sherlock Holmes. Es un defensor acérrimo de la energía solar espacial, de la iniciativa de defensa estratégica, de la industrialización del espacio, de la colonización de la Luna, Marte y demás y de los cilindros de O'Neill. En el ámbito político, se considera un monarquista libertario. Acaba de terminar la secuela de *El ojo del mundo* y está escribiendo la tercera entrega de *La Rueda del Tiempo*<sup>55</sup>.

Como la escribió para otro autor de forma anónima, la novela de «misterio internacional» que menciona no aparece en su propia biografía; hasta la fecha, nadie ha sabido identificar cuál es.

Jordan necesitó unos quince meses para completar cada una de las primeras seis entregas de *La Rueda del Tiempo*. Había comenzado con

algo de ventaja (porque las dos primeras ya estaban acabadas antes de que se publicaran), pero el plan de lanzar un volumen al año no tardó en hacerse demasiado complicado, en especial por las giras publicitarias cada vez más extensas que le arrebataban tiempo y energía. Si bien la mayoría de los libros de ficción se presentan a la editorial cerca de un año antes de su fecha de salida, *El señor del caos* lo entregó a Tor en agosto de 1994, tan solo dos meses antes de que llegara a las estanterías. Y no le dieron ni un respiro: lo enviaron a una ardua gira de promoción por diecinueve ciudades en veintitrés días. Como sabían que no iba a ser posible que la séptima entrega, *La corona de espadas*, se presentara a tiempo, Tor retrasó un año la fecha límite. Y, aun así, eso apenas fue suficiente: Jordan tardó veintidós meses en escribirlo, y llegó a imprentas unas pocas semanas después de que lo terminara.

La situación era insostenible. Cuando Jordan entregó en persona la novela completada a Doherty en Nueva York, su amigo y editor se impactó al verlo: «Se notaba lo cansado que estaba. Me sentí culpable porque lo habíamos estado presionando mucho para que la terminara», comentó Tom. «Le dije: “Aunque no me convenga mucho decírtelo, tienes que ir más despacio, tienes que cuidarte<sup>56</sup>.”»

Aquel toque de atención ayudó a Jordan a adaptarse a fechas de entrega más cómodas con tal de asegurar que pudiera seguir siendo productivo a la larga:

Los editores no dicen esas cosas. Lo que dicen es «Tú no te preocupes por la fecha de entrega. Llegarás si no duermes tanto. ¿Sabes que está demostrado que dormir provoca cáncer? Ninguna persona que no duerma nunca ha sufrido de cáncer<sup>57</sup>».

El ritmo de publicaciones se ralentizó, pero no llegó a detenerse. La Rueda del Tiempo seguía girando, con una entrega nueva cada par de años. Ya tenía millones de seguidores, e internet les permitía juntarse en foros de todo el mundo para debatir y diseccionar la obra. A pesar de que todo estaba arraigado en una visión clara del bien y el mal, sus historias se fueron volviendo más complejas y profundas. Aun así, cuando una vez le preguntaron de qué iba todo en el fondo, Jordan respondió de forma muy escueta: «De los cambios de la vida. De lidiar con ello<sup>58</sup>».

Poco después de eso, su vida también iba a cambiar.